

LA NOVELA FILM

N.º 43

30 cts.



FANNY, LA VIUDA ROMANTICA

La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjuán Vlla
Urgel, 7. - BARCELONA

Prohibida la
reproducción

LA NOVELA FILM

Redacción } Lauria, n.º 96
Administración } BARCELONA

AÑO II ROMANCE AND ARABES N.º 43



Fanny, la viuda romántica


*deliciosa comedia, interpretada por
la simpática artista*

Constance Talmadge

secundada por

Monte Blue y H. Ford





FANNY, LA VIUDA ROMÁNTICA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Para toda viuda joven y hermosa llega el instante en que empieza a darse cuenta de que ya no es lógico dejar correr más días pensando siempre en el "muerto adorado".

Fanny, viuda de Joshua Cadenhause, ha pedido a su modista—pasado un tiempo prudencial desde que enviudara—los últimos modelos de la temporada en vestidos.

Fanny compartía su existencia con tía Eiffe, anciana agradable y complaciente que a causa de su terrible sordera vivía en un pequeño mundo interior.

El "muerto adorado" era nada menos que un hombre excesivamente serio, de cincuenta a lo menos, según apariencia fotográfica.

Contemplando la efígie del finado en un cuadro colgado en la pared, Fanny suspiró:

—Todos mis románticos sueños se derrumbaron cuando fui obligada a casarme con Joshua, pero ahora soy libre y buscaré el hombre mil veces soñado.

—Supongo que será Bill, que ya te pretendía antes, quien se casará contigo, ¿verdad? —pregúntale tía Effe a Fanny, adivinando lo que ésta murmuraba.

—¿Bill? ¡Imposible! ¿Cómo me voy a casar con él, si le conozco de toda la vida?—contesta, casi a gritos, para que ella le oiga, a tía Effe.

—Precisamente porque sabes que Bill es un buen chico es por lo que yo creía que te ibas a casar con él.

—No me comprendes, tía. El hombre que se case conmigo, debe emocionarme... hacerme sentir lo misterioso... arrastrarme como un torbellino.

—Andate con tíno con los hombres, niña.

—Ya los conozco, tía... Joshua me servirá de ejemplo.

Entretanto, en la casa vecina, vive Bill, el pretendiente descartado, el amigo de la niñez de Fanny.

Bill disfruta de regular posición, es joven, simpático y tiene un corazón que pesa algunas arrobas. Entero lo guarda para Fanny desde hace mucho tiempo. Al fin, aquella mañana, se decide a ofrecérselo por escrito a la atractiva amiga.

Le dice en una carta a punto de terminar: *...pruebas tantas de que yo te amo y no serás tan cruel de no querer comprenderme. ¿Acaso crees que hay alguien que te quiera más que yo?*

Pero no sigue confesándole en tinta su pasión, y preocupado por no haber sido nunca "comprendido" por Fanny, aunque le haya dado pruebas irrefutables de su inclinación hacia ella, rompe esa declaración de amor, y dispónese a ir a visitarla, como casi todos los días, en su "villa".

Otro antiguo pretendiente de Fanny es Harry Ateridge, que después de una larga permanencia en el Oeste, ha vuelto a Nueva York, con el barniz de sociedad convertido en esmeril.

Una de las primeras visitas de Harry, tal vez la más importante, es la que hace, poco después de su regreso, a Fanny.

La viudita lo ve desde lejos y salta de gozo.

—¡Tía, felicítame!... Ha llegado el que esperaba... ¡Lo presentía!—exclama ante la respetable señora, sin que la noticia le cause agrado, porque Harry no es un tipo fino.

Fanny recibe a su pretendiente, quien, a su vez, la quiere recibir en sus brazos ansiosos de estrecharla contra su pecho.

Mas la viuda es prudente y no deja hacer al impetuoso, tolerándole que le estreche cuanto le plazca las manos.

—¡Usted ya debía suponer que yo volvería

a reanudar las operaciones! ¡Qué guapa, pero qué guapísima la encuentro a usted! La viudez le ha sentado a maravilla.

—¿Qué brioso ha vuelto usted! ¡Si parece que me haga una declaración... de guerra!

Bill se entrevista en tanto con tía Eiffé, con quien simpatiza mucho, y le pregunta por Fanny.



—... ¡Qué guapa, pero qué guapísima la encuentro a usted!

—Está con Harry Ateridge que ha vuelto del Oeste para cazar su corazón... con lazo seguramente. Me figuro que le complace verle de nuevo.

—¿Qué tiene ese estúpido de particular?

—Viene de lejos, de dominar potros y demás extravagancias. ¡Fanny es tan romántica!

—Sí, ya lo sé. Si yo consiguiera curarle ese sarampión de romanticismo, estoy seguro que la haría feliz.

—No desespere, Bill. Harry no logrará vencer a Fanny.

—¿Usted cree que se aburrirá pronto de él?

Fanny no sabe lo que desea. Es romántica en exceso... y yo creo que para interesar su corazón lo esencial es que el corazón que se enfrenta con el suyo tenga la misma dosis de romanticismo, es decir, que entienda sus suspiros, sus movimientos de ojos, sus molines. Soy vieja, Bill, no oigo, es cierto, pero siento, como mujer, y como amante esposa que fui siempre de mi desaparecido Jorge.

Fanny y Harry, por su parte, prosiguen su iniciado idilio. Harry iba de prisa, demasiado de prisa. Por su gusto ya presentaría su pretendida al cura para que les echase la bendición. Un verdadero galgo.

—Casémonos y viviremos en mi rancho, allá en Idaho.

—¿En el rancho, Harry? Y entonces... ¿dónde luciría los trajes de *soirées* que me he comprado?

—¿Trajes de *soirées*?... ¡Pero si allí no se llevan de ninguna clase!

En uno de sus movimientos bruscos, Harry ha derribado al suelo un búcaro con flores artificiales.

Bill aparece en este momento ante la pareja, a la que saluda — conoce también a Harry —, y recoge apesadumado el citado florero.

Harry demuestra su disgusto por la interrupción de su coloquio con Fanny, paseando por el salón de la casa, algo apartado de Bill y la viuda.

Esta le dice a su vecino:



Bill aparece... y recoge apesadumado el citado florero.

—Bill, no seas indiscreto... Con Harry estamos decidiendo el porvenir de nuestras almas.

Y Bill comprende que es necesario suprimir a aquel pretendiente lo antes posible.

— ¡Es tan encantador, tan emocionante dejarse llevar por un torbellino! — añade Fanny.

Entonces, Bill, exclama:

— ¡Oh, Fanny!... Me había olvidado. Claudio Humbek, el hombre ultra moderno, desea ardientemente ser presentado.

— ¡Ah! ¿Sí!...

— Es el famoso pintor cubista amigo mío. Pinta la aristocracia, los bajos fondos y... es el hombre más guapo de América.

Me gustará conocerle.

— ¿Cuándo quieres que te lo presente? El está loco por pintar el retrato de tu alma.

— Cuando tú creas conveniente llevarme a su estudio.

— Me ocuparé del asunto. Adiós, Fanny... Adiós... Harry (¡Así te parta un rayo!)

El ex vaquero vuelve a la carga cuando Fanny queda sola, mas ella le corta la ilusión:

— No, Harry, ya no... Pasó el momento psicológico... Amor nos rozó con sus alas... ¡Huyó, ¡ay!, y no volverá!

— De modo que, ¡calabaza!

— No puede haber entre nosotros, Harry, más que la buena amistad de siempre. ¿Comprendes las dudas de mi alma, no es cierto?

— ¡Cómo no, si eres tan expresiva! ¡Tu chasco me duele! ¡Me resultas veleta! ¡No me convences! ¡Vete a pasco! ¡Quédate con tus tonterías! ¡No me sirves, vaya!

— ¡Adiós, polvorín! (De buen peligro me

escapé, gracias a la llegada de Bill que me permitió meditar un poco.)

El estudio del pintor cubista Claudio Humbak.

Dos señoras elogian el taller *harto pintoresco*.

En una de las paredes está escrito el lema del artista:

"Libertad en el arte, libertad en la vida, libertad en el amor."

Este era realmente el lema de Claudio, un hombre sin escrúpulos que se hace pasar por pintor cubista para mejor ocultar su completa ignorancia del arte.

Apenas han salido del estudio las dos damas que le admiraran sin reservas, aparece una discípula del artista de murras que también sin reservas—aunque distintas—había aceptado todas las teorías de Claudio.

Ambos se besan, es decir, no se besan los dos, sino ella a él. Se ve que la muchacha le quiere, y Claudio ya no.

Como la escena de los besos se desarrolla junto a una ventana y hay vecinas de enfrente que tienen la vista y la lengua muy largas, da que hablar.

—Las mujeres de la vecindad no podemos estar seguras viviendo por aquí un hombre como ése—murmuran.

Son ya viejas las que así se expresan.

Puede mucho la envidia. ¡Ay, veinte años de mi vida, por qué me abandonasteis!

* * *

Bill presentó Fanny a Claudio, a quien conocía superficialmente.

Y después de dos semanas pasadas en el reino del arte, Fanny había entregado a Claudio todos sus pensamientos.

El pintor visita a su nueva amistad en su casa. Le llena la cabeza de fantasías... las más, todas, si hemos de ser verdaderamente francos (*francos* con valor, eso es, *suizos*), muy peligrosas.

Sigamos al original artista en la lectura de sus lucubraciones filosóficas.

Esto lo escribí poniendo la quintaesencia de mi alma, sin mirar la forma... La forma es la materia ruin, despreciable: *La nada está en todas partes... pero lo imperecedero cruza ante nosotros sin que nos demos cuenta. Cada cosa vale algo, muy poco. Solamente una cosa vale todo: la libertad. Tiene cuatro ramas: libertad de espíritu, de cuerpo, de palabra, de amor.*

Fanny cree en absoluto en tales teorías y sueña. ¡Hay que ver lo que sueña!

Bill llega a casa de su amiga y como ve a tía Biffe cosiendo solita en la terraza, le dice:

—Tía amable, usted me prometió que no perdería de vista a Fanny cuando ella tuviera alguna visita.

—Sí, es cierto, pero ella me ha dicho que



... Fanny había entregado a Claudio todos sus pensamientos.

una viuda no necesita nadie que la guarde.

Aunque indiscreto, Bill se esconde cerca de Fanny y Claudio, al alcance de sus palabras. Y oye:

—Y ahora, Fanny, dígame si está dispuesta

a romper con las conveniencias sociales y llevar conmigo la vida que hemos soñado.

—Sí, Claudio, sí... ¡nos espera un porvenir de gloria!

—(La cosa empieza a ponerse seria—opina con disgusto Bill.)

—Fanny, cuando esta tarde pase los umbrales de mi estudio, será para usted un momento solemne que quedará grabado en la piedra cósmica de su vida.

—Ahora, cuando usted se haya marchado, buscaré el vestido más a propósito para momento tan solemne.

Salé Claudio, descontando el estupendo final de su aventura con la apetitosa viudita.

Fanny sigue aún en la luna de Valencia, sinéismo de soñar.

Bill la despierta.

—Oye, Fanny... ¿Quieres que vayamos a pasear esta tarde?

—¡Oh, Bill!... ¡Qué poco me comprendes!

—Pues yo creo que te comprendo más de lo que te figuras.

—Hoy es para mí un día histórico... ¡Hoy romperé las cadenas que me unen al pasado!

—¿Conque hoy, eh?

—Sólo la libertad es lo cierto, Bill. ¡La materia es despreciable!

—(A ese Claudio yo le corto las alas en cuanto le vea.)

Aquella misma tarde, Fanny da el primer paso hacia la libertad.

Ya está en el estudio. Ya ha leído con curiosidad el lema del artista, ese ¡viva la libertad! o ¡viva la frescura!, que es lo mismo.

De nuevo las vecinas observan desde enfrente lo que "hace" el pintor, y le ven con Fanny, otra conquista.

En el colmo de su indignación (aquí se puede repetir aquello de *¡ay, veinte años de mi vida!*...), se reúnen tres o cuatro comadres y ¡hala! a avisar al Comité para la supresión del vicio (¡horror!).

Como Fanny ha visto a las curiosas vecinas en observación, preguntule a Claudio:

—¿Qué dirá esa gente que me ha visto... con usted?

—¿Qué dirá? Yo creí que usted estaba por encima de esas preocupaciones—contesta Claudio con naturalidad, echando la persianilla.

—Perdóneme... Es que aun no estoy acostumbrada a vivir en libertad.

Usted no se arrepentirá nunca de haber unido su vida a mi carro triunfal. Nosotros, los artistas, somos la verdadera aristocracia... ¿Los ricos? ¡Bah!... ¡Yo desprecio a los ricos!

—¡Ah! Entonces... a mí también...

—¿Usted?

—Es que yo... yo... ¡también soy rica!

—Usted no es lo mismo que esos ricachos de por ahí, sin alma exquisita como la suya... Usted, ¡oh, usted es ideal!

Bill, preocupadísimo por lo que le pueda ocurrir a Fanny en el estudio de Claudio, si éste ha conseguido trastornarla con los cuentos tártaros de la *quintessencia de su alma*, cree llegado el momento de buscar un antidoto contra ese veneno del pintar.

Y piensa en Pedro Harper, un muchacho más romántico que un lago a la luz de la luna.

Va a su encuentro. Le habla. Pedro suspira (pero no llora. Reserva el llanto para las grandes ocasiones).

Juntos se dirigen, con paso firme y sereno, como los buenos, hacia el estudio de Claudio.

En él el pintor muestra a Fanny su colección de obras raras, y se le antoja presentarle dos cuadros que parecen representar dos globos de gas, uno grande y el otro pequeño, como la esencia de sus dos almas.

—Esta es la suya, ¿verdad, Claudio?—preguntale Fanny señalando la circunferencia de mayor diámetro.

—No, mi bella amiga, es la suya. ¡Caramba!...

—¿Qué le pasa a usted?

—Embargado por su recuerdo, hoy me olvidé de ir al Banco... El dinero es materia vil... pero tenemos necesidades...

—No se apure por tan poca cosa. No es necesario que espere a mañana para retirar fondos. Nuestros intereses son comunes, Claudio. En mi bolso hay dos billetes de veinte dólares y varias monedas. Tome lo que necesite.

—¡Mi ideal alma gemela!

—Demuéstrelo aceptando mi oferta.

—Tomo solamente los dos billetes. Pero ¿qué es esto?

Acaba de abrirse la puerta del estudio. Entran en él unos miembros del *Comité oficial para la supresión del vicio* acompañados de las aleluvetas vecinas. Vienen todos dispuestos a desenmascarar al tenorio sin escrúpulos.

—Al corriente de sus relaciones escandalosas, nos hemos visto precisados a personarnos en su casa, señor, para comprobar personalmente los hechos. El vecindario protesta contra usted, y ante su denuncia le rogamos nos siga.

Fanny, avergonzada, se atreve a salir en defensa de Claudio, no para salvar al farsero, sino para no salir con pérdida de la aventura.

—Es que nosotros... estamos prometidos.

—Esto es lo que se acostumbra decir en casos semejantes—comenta uno del Comité en cuestión. Y añade:—Pero el hecho cierto es que estaba usted aquí... sola... con...

—¡Sola! ¡Vean ustedes con quien!—res-

ponde Fanny, abriendo una puerta por la que aparece tía Eiffe.

—Me parecía oírte... ¡Estabas cantando, Fanny!—dice la buena señora.

Las comadres se quedan casi sin habla.

Y huelga decir que todos los acusadores se marchan confusos del estudio.

Fanny y su tía también abandonan el taller del cubista, que resulta ser un sublista de marca reservada.

A la puerta de la casa encuentran Fanny y su tía a Bill y Pedro que iban por ellas.

Bill presenta su amigo a la viuda y los deja solos para que Pedro se encargue de hacerle olvidar a la romántica a Claudio. En cuanto a él, se aleja con tía Eiffe para que le cuente lo que ha ocurrido en el estudio.

Pedro y Fanny se convierten en seguida en buenos amigos. El poeta tiene encantos; el mejor: la juventud. A las viudas, ¡uh, pícaras!, les gustan siempre los pocos años.

—Cuando encontré a Bill, iba hacia el lago para coger nenúfares—le dice, para hablar, Pedro, a Fanny.

—¡Nenúfares, mi flor preferida!... ¡Quién pudiera en este momento aspirar su aroma! ¡Ah! ¡Pero tiene usted también un guitarrillo! ¡Oh, si yo supiera tocarlo!

—No es difícil. Siga mis indicaciones. Coloque usted así los dedos.

—Aquí me soloco... Líéveme usted a donde crecen los nenúfares.

—Ya se marcharon Bill y su tía de usted.

— ¡Iremos solos. Bill es muy bueno... mi mejor amigo. Me riñe cuando hago travesuras, pero me perdona siempre.

Durante quince días, Fanny vive en pleno romanticismo.

Pedrito se encarga de llevarle nanáfares a todas horas — es un decir — y entre los naná-



—... *Coloque usted así los dedos...*

fures y las poesías del jovencito, Fanny está a punto de pedir asilo en una clínica de alienados.

El décimo quinto día de su nueva existencia, Fanny deja que Pedro le haga decididamente el amor,

Están solos en el jardín de la caprichosa viuda.

— ¡Mi bien, mi Fanny! No quisiera separarme nunca de su lado...

— ¡Es algo para mí tan sublime tenerle a mis pies!

— ¡Yo la adoro!

— ¡Es eso verdad, Pedrito? ¡Me adora?

— ¡Oh, sí! Quisiera realizar mi más caro sueño. Volar... volar con usted.

— ¡Volar dice usted, Pedro?... ¡Eso quiere decir escaparnos!

— ¡Sí, huir lejos, a disfrutar de nuestro amor. Bajo la poderosa influencia de sus ojos, de tus besos, amor mío, escribiré versos que harán llorar de gusto a las piedras de la más soberbia fortaleza. Iremos a vivir junto al mar. El rumor de las olas nosecerá en un continuo placer. Yo te tendré siempre muy cerquita de mí y te cantaré las más dulces canciones, ¡ay!, canciones de amor.

— Todo eso es muy bello, Pedrito, y me encanta tal porvenir. Pero es usted demasiado joven. ¿Qué dirían de mí? Haría pensar a la gente que me había vuelto loca.

— ¡Yo soy todo un hombre, Fanny!

— No hagamos niñadas, Pedrito... Yo creo en su amor... pero no me decido a fugarme con usted.

— Créeme, Fanny, que no te arrepentirás, y que yo te querré como nadie puede quererte. Volveré esta noche. Prepara tu maleta y huiémos. ¡Aceptas, amor mío?

—No sé... no sé...

—Vendré, ¿oyes?

De nuevo, Bill, siempre al acecho, comprende que ha sonado la hora de buscar otro sustituto que sea completamente distinto a los anteriores, para enamorar a Fanny haciéndole olvidar a Pedrito.

El nuevo candidato que Bill iba a presen-



—*Todo eso es muy bello, Pedrito, y me encanta tal porvenir.*

tar era el doctor Enrique Porter, miembro de todas las Academias Oficiales.

El galeno se pasaba la vida hojeando libros científicos y produciendo obras para provecho de la humanidad.

Tenía sus cincuenta años. Menos no. Más tal vez sí. Pero perdonémosle algunos. No es un ogro. Al contrario. Un esclavo del deber. Y no tiene deudas. Este detalle dice bastante a favor de un quincuagenario. Guapo no es. Es mucho más guapo Fanny. Que nadie lo ponga en duda. ¡Pero como el hombre *des-ciende* del mono!

Bill planea el asunto.

—¿Qué, señor Porter, no se casa usted aún?

—Mis ocupaciones acaparan todo mi tiempo. No he aprendido a conocer a las mujeres. Ya sabe usted que le tengo un cariño loco a mi profesión y que vivo feliz con mis libros, mis apuntes, y mis obras. Lo vital para mí son mis éxitos en los círculos científicos. Lo demás es secundario.

—¿No cree usted que una digna compañera le proporcionaría desconocidas satisfacciones?

—No me atrevo a negar gracias a la mujer... pero soy profano en la materia y me reservo la respuesta a su pregunta, Bill. Y usted, ¿cómo no se casa?

—Yo hago las cosas a la callada. El mejor día le molestaré a usted para invitarle a mi boda.

—¡Ah! ¿De modo que...?

—Sí, señor Porter... Estoy haciendo un estudio antes de decidirme.

—Eso me parece acertado. Un examen previo evita a veces cometer errores de consideración.

—Como aquí no tiene usted muchas relaciones, porque apenas sale de su "villa" durante su veraneo, que no es tal veraneo, dicho sea de paso, opino no le disgustará que le presente una encantadora vecina, la señora Cadenhause, viuda joven y agradable, amiga mía.

—Al contrario, Bill, le agradeceré la atención. La mujer, soltera, casada o viuda, es, según dicen, y no tengo inconveniente en averiguarlo, uno de los pasatiempos más instructivos que se han ofrecido al estudio del hombre en todas las edades.

—Iremos luego a su casa, si le parece bien.
—A sus órdenes, Bill.

* * *

Pedrito, enajenado por los numerosos encantos de Fanny, acude al cerrar la noche al jardín de la "villa" de aquella, acompañado de cuatro músicos de ocasión.

—Deteneos aquí, al pie de la verja. Comenzad a tocar dentro de diez minutos—dice el poeta a aquéllos.

Fanny acude al llamamiento del amor, que silba bajo su ventana (no siempre ha de cantar un ruiseñor), y baja al jardín por una

escalera de mano que le ha venido a mano a Pedro.

De pronto se presentan en el jardín Bill y el doctor.

Al ver a su amigo, Fanny dice a Pedrito precipitadamente:

—¡Viene Bill!... ¡Escóndase en seguida!... ¡Si le viera se pasaría la vida vigilándome!

Escóndese Pedrito y asimismo esconde la maleta de Fanny.

Bill oye a los músicos, ve la escalera por donde descendió al jardín Fanny, y se apresura a cerciorarse de que nada malo le sucede a la viuda.

La encuentra al pie de dicha escalera, mientras el doctor, creyendo se trata de un intento de robo, en el que los músicos están para despistar, descubre a Pedro y lo va a presentar a Bill y Fanny.

Aquél, antes de la llegada del doctor con el *ladronzuelo*, objetó a Fanny, pues estaba enterado de la proyectada fuga:

—Ibas a escaparte con Pedro, ¿eh?

—Mi carácter se deja sugestionar fácilmente, es cierto, Bill... pero siempre respeto a la niñez.

El señor Porter, muy ufano, trae al culpable a presencia de su amigo y de Fanny.

Bill presenta aquél a su amiga, y después el doctor presenta a Pedro:

—Aquí está uno de los malhechores. Ahuyentó a patadas a los demás... y yo no le dejé escapar.

—Este no es un ladrón... Este es Pedro... ¡el simpático Pedro!—explica Fanny.

Si no fuera tan absurda la idea, creería que se trataba de una novela de Xavier de Montepin—comenta el doctor asombrado.

Bill contiene con esfuerzo la risa que pugna por brotar de sus labios.

Fanny disimula.



—...*Olviden ustedes los ladrones y vayamos a tomar un sorbo de café.*

—Entonces, doctor... ¿me toma usted por una secuestradora? Esto no tiene importancia. Es una cosa de cine. Olviden ustedes los ladrones y vayamos a tomar un sorbo de café.

Bill conduce al doctor a la casa de la vi-

da, y entretanto, ésta y Pedro se despiden.

Nos han evitado cometer una verdadera locura... Ahora lo veo claramente... ¿No lo cree usted así, Pedro?

—No, Fanny... Yo la quiero a usted.

—No llore, queridito. Cualquier día, cuando alguna mujer de su edad se cruce en su camino, me dará usted las gracias.



—*No llore, queridito. Cualquier día, cuando alguna mujer de su edad se cruce en su camino...*

¡Ya he terminado para siempre con las mujeres!

—Hasta que llegue la suya, Pedro. Adiós. No guarde mal recuerdo de mí.

En casa de Fanny, Bill y el doctor se disponen a saborear el café que ella les ha hecho preparar.

Bill procura que el doctor se fije en Fanny, y se aparta de ellos cuanto puede.

La viuda tiene también sus delicados encantos para el hombre de ciencia, quien muy a gusto conversa con ella.

—¿Le gusta a usted el café muy azucarado, doctor?

La voz de Fanny suena a caricia en los oídos del señor Porter, que contesta:

—Como usted quiera, señora.

¿Acaso Fanny ejerce ya influencia en el profano en asuntos de faldas?

¡Ay, ay, ay, que sí!

Mientras los tres amigos toman el café, el doctor da a conocer su carácter a Fanny.

—Yo soy un hombre que en la vida sólo busca los hechos, fríos... desnudos, reales.

—¡Magnífico! Yo adoro la inteligencia masculina, fría... desnuda, real— responde entusiasmada Fanny.

—Ahora estoy escribiendo un libro sobre la eugénica.

Fanny no sabe de lo que le habla el sabio, pero no se queda sin contestar.

—Siempre me interesó ese nombre... ¡es tan bonito!

Y, aparte, le pregunta a Bill:

—¿Qué es eso de la eugénica?

Como Bill tampoco lo sabe, suelta una bola:

—¡Algo terrible! ¿No lo sabes?... ¿No lo has tenido nunca?

Y Bill considera que podrá estar tranquilo un mespor la menos.

Fanny y el doctor se convirtieron en perfectos amigos.

Solo o con Bill, el señor Porter visitaba a



—¿Le gusta a usted el café muy azucarado, doctor?

Fanny.

Un día, a solas doctor y viuda, Fanny escucha al sabio con extraordinario interés:

—El deseo de unirse es común a todas las

criaturas y es siempre más fuerte, cuanto más elevada es su mentalidad.

—Sí... y es preciso que los hechos nos encuentren juntos ya que pensamos lo mismo, doctor.

El hombre de ciencia se envalentona y dispara el proyectil que se ha formado para Fanny en su corazón. Porque considera llegado el momento de la batalla decisiva.

—Señora Cadenhause, soy un hombre que no puede perder el tiempo en preámbulos de vulgar sentimentalismo... ¿Quiere usted ser mi esposa?

La viuda hace como si la proposición la sorprendiera, aunque la esperara, y tras ligera reflexión, para dar paso al rubor y recobrarse del todo, contesta:

—Ese es mi mayor deseo, doctor. Poder ayudarle en su noble profesión.

Aquí llega Bill, que recibe el siguiente halazo del doctor:

—Bill, su amiga Fanny está dispuesta a ser la esposa de un esclavo de la ciencia. Y no deberemos nuestra felicidad a nadie más que a usted, Bill.

Y faltóle poco al joven para morir de rabia.

* * *

Han pasado varias semanas. La noche antes de la boda, el doctor Enrique Porter, miembro de todas las Academias Oficiales, se entretiene, como es su costumbre, en explicar ante su futura... inmediata, sus teorías favoritas.

El tema es muy serio... y Fanny se sofoca a cada nueva explicación del doctor. Desde luego, procura que él no vea su turbación.

Nosotros debemos sostener estas vitales teorías en nuestra vida conyugal—dice el sabio a Fanny.

—Sí... claro... de acuerdo...—responde la viuda, confundida el rojo de sus labios con el de su tez.

Tía Effie pregunta luego a Fanny de qué estaba antes hablando con el doctor.

—Creo... que... no debo decírselo, tía.

—Entonces... ya sé de qué se trata.

Al día siguiente.

El de la boda.

Fanny está melancólica. No se decide a ponerse las galas nupciales. Tía Effie no la deja un minuto sola. La buena anciana cree adivinar que no es tampoco el doctor el ideal que

su sobrina desea. A fin de saber la verdad, la tía pregunta a la novia:

—Fanny... ¿estás segura que deseas casarte con el sabio?

Fanny contesta con enfado:

—¡Sí! Me tengo odio yo misma por mi carácter voluble. Pero esta vez no rectificaré.

—Eso no es decir que le quieres, hija mía...



El tema es muy serio... y Fanny se asfoca a cada nueva explicación del doctor.

—Quiérale o no... no caso y ya veremos lo que pasa.

—Yo creo, Fanny, que has estado perdiendo el tiempo buscando un buen partido distinto en todo a tu primer marido. Joshua no

era sabio... pero viejo como el doctor sí... y puede que más joven que éste...

—¡Qué rabia tengo, tía, qué rabia!

—Claro está que si tú estás convencida de que has de ser feliz con él, yo apruebo ese casamiento. Mi mayor deseo es verte dichosa.

—Ya lo sé, tía, ya lo sé.

—Hija mía, es hora ya de que te vistas. He aquí a tu corte de honor que viene a ayudarte.

Fanny deja hacer a sus amigas.

Por ellas se entera de que el novio no ha llegado todavía.

Eso no deja de aumentar su malhumor.

Ya está ella vestida... el cura también ha llegado a la casa... todo está listo... pero el novio sigue brillando por su ausencia.

¿Saben ustedes lo que hace el doctor?

Pues, lo de siempre: estudiar, tomar apuntes de un libro. Y, naturalmente, con la fiebre del trabajo, se le ha pasado la hora.

Menos mal que llega a casa de su futura *sólo* con media hora de retraso.

Fanny está que trina. Un canario no lo haría mejor que ella. Y tiene razón. Que el novio se espere... hasta tres horas... puede tolerarse; pero que la niña, la diosa tenga que dar palique a sus invitados media horita, es una broma pasada, insostenible.

El doctor se disculpa. Dice que ha perdido la noción del tiempo estudiando un problema.

Las señoritas de la corte de honor anu-

eian a Fanny la llegada del "héroe" y la noticia deja helada a la novia.

Con paso vacilante, Fanny se dispone a ir al altar.

Busca a Bill, que es quien debe conducirla al pie del aquél para entregarla ante Dios al doctor.

Como no ve a su amigo, pregunta:

—¿Dónde está Bill? ¿También se ha olvidado de mí?

El aludido la oye y no puede por menos de ofrecerle su brazo para cumplir con su honrosa misión. Pero le murmura, pálido y triste:

—Esperaba un aplazamiento... un terremoto... o algo por el estilo.

Fanny comprende el alcance de las palabras de Bill, se apiada de su honda pena, reconoce que es un muchacho modelo, amigo ejemplar, ¡ay!, ¡calle, corazón!...

Y llega el solemne momento de las preguntas de ritual.

Bill quisiera que se lo tragase la tierra.

Alzose en el silencio de la ceremonia la voz del cura:

—¿Admite usted por esposo a Enrique Porter?

Fanny no contesta. El cura insiste.

La viuda, atenta a lo que en aquellos instantes decisivos le dicta su conciencia, responde:

—Yo... yo... ¡no!

Asombro. Desengaño. Comentarios.

—No puedo... tía... no puedo — confiesa Fanny arrojándose en los brazos de la anciana.

El poeta Pedrito, presente a la fracasada boda, cree que tal vez Fanny aceptará su amor, pero no: tampoco él es el afortunado elegido.

—Bill jamás me habló de la engénica... ni de nada raro—prosigue Fanny.

El doctor no sabe cómo huir de aquella casa donde es blanco de todas las miradas.

La viuda quiere aislarse para que nadie la acose de preguntas, pero Bill se reúne con ella, a solas.

—¿Eres tñ, Bill?

—¡Oh, Fanny! ¡Mi Fanny! ¡Si tú pudieras comprender cuánto te amo!

—Todos los hombres decís lo mismo...

—Has conocido a algunos... y ahora puedes juzgarme comparándome con ellos... ¿No servirá de nada mi constancia?

—Bill... he sido tan loca que hasta ahora no comprendí lo que vales. Casi no te merezco.

No digas eso, amor mío, alma de mi alma. Dime que me quieres, que me querrás siempre...

—Ahora veo claro que el único hombre a quien he amado toda mi vida eres tú.

Al fin, el doctor se decide a ahuecar el ala para reintegrarse a sus estudios. Mas no se va sin antes decirle a tía Eiffe, para que se lo repita a Fanny:

—Señora, mi próximo libro será un estudio sobre la doblez del alma femenina.

—¡Buen viaje, pajarraeo!

Y ahora, Bill, a fin de que no se le escape la oportunidad de asegurarse a Funny para el resto de sus días, se aferra a una idea colesal.

—Has dicho que me amabas, ídolo mío, y



—Pues bien; aquí todo está listo para una boda... ¿Celebramos la nuestra?

voy a pedirte una prueba de tu cariño, una sola. ¿Aceptas de antemano?

—Sí, Bill.

—¿Sin reservas?

—Sin ellas.

—Pues bien; aquí todo está listo para una boda... ¿Celebramos la nuestra?

—¡Oh, qué delicioso final de novela, Bill!

—¿Entonces...?

—¡Sí, Bill, sí!

Y cinco minutos después, una sólida cadena ligaba para siempre a dos corazones que, al fin, supieron encontrarse.

FIN

Revisado por la censura militar

L

PRÓXIMO NÚMERO

LA SUGESTIVA NOVELA

A

I

L

M

N

O

V

E

L

A

EL TIO PACIENCIA

Creación del gran artista

TOM MIXUno de los mejores asuntos
de este eminente actor

POSTAL REGALO

EVA MAYLA NOVELA FILM sale todos los
Martes en toda España

PRECIO 30 CTS. 10 FOTOGRAFÍAS

Colecciones completas y números
sueltos atrasados a precios corrientes,
de venta, en LA SOCIEDAD GE-
NERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA, S.A.
Barbarrá, 16-BARCELONA,
en sus Agencias de Provincias
y en todos los Kioscos de España

¿Ha comprado usted ya el cuarto
volumen de la
BIBLIOTECA FEMENINA
de
LA NOVELA FILM

Honrarás a tu madre?

No debe usted olvidarse de ello.
Es lo más sentimental que se ha
escrito y sus hermosas enseñan-
zas son útiles para todos!

¡Pida esta obra en todas partes

Recuerde los números an-
teriormente publicados:

La Mendiga de San Sulpicio
La Madona de las Rosas
Los Diez Mandamientos

NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	POSTAL-ESCENA
1	Los Cuernos de Santa Beata	El joven Holendrés
2	Los dos reyes	El Prisionero de Gracia
3	Amor y Pasión	La Botella
4	Los cuernos de Santa Beata	Los cuernos de la mujer
5	Los cuernos de Santa Beata	Violetas imperiales
6	Barba, el Negro	Henry Pickford
7	En poder del enemigo	Thomas Melville
8	El tiempo	Edith Cavell
9	Corazón traidor	Douglas Mac Lane
10	Por la puerta de servicio	Edith Cavell
11	Maravillas	Charles Ray
12	El Indio	James Martin
13	Como cuando los magos	Bernard Shaw (Folly)
14	La hija de la muerte	Ernest Hemingway
15	Por venir a su madre	William Somerset Maugham
16	Juguetes del destino	Lawrence Sanders
17	El niño pendiente	William J. Fox
18	Los Miravillas (Especial)	Mary Miles Minter
19	En la tierra y en la ciudad	Doris Fennell
20	El Orfeo del Milagro	George Lutz
21	La esposa irredimible	Samuel Beckett
22	El secreto polvoriento	Michael Aronson
23	De cara a la muerte	Robert Browning
24	Malicia (con de más)	John Wilson
25	El secreto del amor traidor	Américo Moreno
26	El Indio	Paul White (Pura Vida)
27	El secreto del vino	William Somerset Maugham
28	Edith (Especial)	Charles Ray
29	Al fondo del abismo	George Lutz
30	El secreto de la muerte	Agnes Ayres
31	El secreto de la muerte	George Lutz
32	La mujer y el niño	Charles Ray
33	La Muerte	Charles Ray
34	La Muerte	Charles Ray
35	La Muerte	Charles Ray
36	La Muerte	Charles Ray
37	La Muerte	Charles Ray
38	La Muerte	Charles Ray
39	La Muerte	Charles Ray
40	La Muerte	Charles Ray
41	La Muerte	Charles Ray
42	La Muerte	Charles Ray
43	La Muerte	Charles Ray

